

EL REALISMO POLITICO:
ACTUALIDAD Y
PERMANENCIA

JULIO BREA FRANCO

¿Un discípulo del diablo o "el Galileo de la Política"? ¿Un tutor de dеспotas o el poeta de la técnica política? ¿Un apologeta del cinismo y de la simulación o el primer politólogo? ¿Quién es este Maquiavelo?

¿Cuál fue el pensamiento generado por este secretario florentino de enjuto rostro y de mirar inteligente y enigmático, que desterrado en San Casciano continuó hurgando en libros viejos, y oteando su Italia fraccionada, destiló enseñanzas que, vertidas en "El Príncipe", páginas pocas pero muy densas, engendrarían muy oblicuas interpretaciones?

Las críticas tan acres y continuadas fueron, que se acuñaron términos: ahí están los diccionarios que le reservan espacios para definirlos. Adjetivos y sustantivos: "Maquiavélico" y "Maquiavelismo", palabras con sabor a doblez, a engaño, a cinismo, a mala fe. E injustamente conveniente advertirlo desde ya- esta adjetivación del egregio apellido aplicable a individuos inescrupulosos y perversos, ya que Maquiavelo -su biografía lo evidencia- nunca lo fue.

Esta dudosa reputación ha estado basada con excesiva frecuencia

Ponencia presentada en el Seminario sobre la vida y obra de Nicolás Maquiavelo, (1469-1527), organizado por el Instituto Cultural Dominicano-Italiano, Inc., con la colaboración de la Embajada de Italia en la República Dominicana, celebrado en la Biblioteca Nacional los días 26, 27 y 28 de mayo de 1981.

en "El Príncipe", sin duda una de sus obras más importantes, pero no la única, dedicada a describir el auge y la decadencia de los Estados y a destacar, identificar y aislar las estratagemas que permiten alcanzar el poderío político y, naturalmente, conservarlo.

Por ser una especie de "Tesoro de comidas completas" en eso de alcanzar el poder y mantenerlo, muchos hombres políticos, y muchos más asesirantes a tales, han leído y releído sus páginas en busca de sugerencias en la consecución de fines y objetivos muy concretos. Mussolini, por ejemplo, nunca escondió sus simpatías por el famoso librito. Lo cogió como argumento, en 1924, de lo que pretendía ser un prefacio a una tesis que pensaba sostener en la Universidad de Padua para obtener el título en Derecho. No avanzó mucho en su intento, pero el título es elocuente: "Preludio a Maquiavelo". Por otro lado, aunque Hitler nunca lo citó explícitamente, ciertas páginas de "Mi Lucha" suenan como una amplificación de las sentencias de Maquiavelo.

Aunque para el marxismo soviético Maquiavelo no es más que el intérprete de los intereses de la burguesía, lenguas indiscretas insistieron en que "El Príncipe" constitúa una de las lecturas preferidas de Stalin. Verdad o no, curiosa es la coincidencia, acaecida varios años después del correrlo de esos decires, cuando su hija, Svetlana, en la Universidad de Moscú seleccionó nada más y nada menos que a Maquiavelo como tema para su tesis de grado.

Y para no alejarnos de esta nuestra angosta geografía, tierra predominantemente de presidentes macheteros y de secretarios intelectuales, en la mesa de noche de un ex-presidente intelectual muy especial, diestro en la maniobra política, muchos querían encontrar la obrita del gran florentino. Pero todas éstas son tan sólo especulaciones.

Planteamos la interrogante: ¿Es verdadero o falso el dilema? Sí, el dilema de Maquiavelo "jesuita de la política" o Maquiavelo primer teórico político moderno. Tenemos prisa para decir que el dilema es aparente: ambos cuernos, individualmente considerados, son verdades a medias. Sus proposiciones han servido a los déspotas y muy probablemente continuarán sirviéndoles. Pero también sus proposiciones son las de un agudo observador de la realidad que es, no del proyecto de realidad que debería ser. Maquiavelo es el padre de la llamada "autonomía de la política", el padre del realismo político.

Una cosa es lo que decimos y otra lo que nos hacen decir. Una lo escrito y otra las interpretaciones. Se impone, entonces, como primer esfuerzo, bosquejar lo que Maquiavelo dijo. Lo que dijo, analizado fuera de su contexto histórico y cultural. Insistir sobre esto último es illover sobre mojado! otros colegas panelistas se han referido en detalle. Bosquejar lo que Maquiavelo dijo como plataforma para aventurarnos y desde ella lanzarnos a atrapar lo que hay de actual y de permanente en sus ideas. Y no sólo en el mundo contemporáneo en general, también haciendo referencia a la contingencia política nuestra. Sí, porque este seminario no pretende únicamente que nos pongamos un delantal para no ensuciarnos en la tarea de desempolvar piezas de museo.

Método, concepto del hombre, los valores, la visión belicosa de la política y el Gobierno y la política, estos son los aspectos que hemos de abordar, y lo hacemos inmediatamente.

Maquiavelo no es un filósofo en sentido estricto, esto es, el arquitecto de un coherente sistema de ideas acerca del hombre y del gobernante. Sus observaciones están desparramadas en forma difusa en varias de sus obras. Los "maquiaveólogos", los estudiosos de Maquiavelo, después de muy atentas lecturas, han logrado realizar reconstrucciones ideológicas de sus concepciones. Y debe consignarse: existe coherencia entre ellas, no hay contradicción, aunque muchas no fueron relacionadas entre sí.

¿Cuál es el interés de Maquiavelo? Sintética y apretadamente puede decirse que el florentino se esfuerza en descubrir un orden propio en la vida política con independencia de cualquier referencia o causalidad externa. Trata de explicar la política estudiando la política. Pero con enfoque divorciado de preceptos morales. La examina analizando las formas en que el poder puede ser adquirido y conservado. Pone a fuego qué acciones, de acuerdo a las circunstancias, pueden alcanzar el éxito o el fracaso político. No se preocupa de si son buenas o malas. Independientemente de lo que se quiera, la política es. Y se podría agregar: ha sido y será. Esta amoralidad, este colocarse fuera de la moral, no quiere significar que la mayor parte de sus escritos no transpiere un proyecto de sociedad buena. Un ideal de sociedad en la que creía y que anhelaba. Ahí está su preocupación por el destino de su Italia. Pero estas ideas no le impiden observar la cruda realidad política. Y es precisamente entre los logros singulares de Maquiavelo que se destaca este realismo político.

Es exagerado afirmar que Maquiavelo fue el primer politólogo, como también es ingenuo considerar a Aristóteles el padre de la Ciencia Política. Maquiavelo no es un científico político como hoy podemos concebirlo. Y esto lo decimos a pesar de que a sus juicios y conclusiones arribara estudiando los hechos -empíricamente se diría hoy- observando los gobernantes que había conocido, así como sus acciones, o estudiando la historia en búsqueda de ejemplos. Como bien apunta George Sabine en su clásico trabajo, muy conocido en las aulas universitarias, el empirismo de Maquiavelo "era de sentido común o de astuta previsión práctica y no un empirismo inductivo dominado por el deseo de comprobar teorías o principios generales".

Maquiavelo trató de descubrir las condiciones para la eficacia política determinando qué tipos de acciones habían resultado beneficiosas, o perjudiciales para los actores políticos que las habían llevado a cabo. Para ello acumulaba casos positivos y casos negativos que en principio negaban la validez de una proposición suya en particular. Sólo después de un cuidadoso examen de los casos negativos pasaba a decidir si realmente lo eran o lo eran en apariencia. Como hurgaba en la historia se ha querido etiquetar su método como histórico. Pero la catalogación no es correcta: así como utilizaba la historia; utilizaba sus propias observaciones, atrapaba ejemplos donde le sirvieran.

Característico de las primeras etapas de desarrollo de la ciencia, Maquiavelo, al igual que otros científicos naturalistas de los siglos XVI y XVIII, fue un atrevido simplificador. Redujo la vasta complejidad de la vida política al comportamiento de un puñado de actores interrelacionados cuyas acciones respondían a unas pocas leyes fundamentales. Con ellas esperaba explicar y responder a los "porqué" de los acontecimientos políticos.

He aquí una de sus ideas: el mundo se compone sólo de dos clases de personas, cada una con sus metas: los príncipes o gobernantes y el vulgo o el pueblo. Los primeros son minoría y a ella pertenecen también los príncipes en potencia, esto es, los que tratan de convertirse en príncipes a través de intrigas, conspiraciones o revueltas. Los príncipes y los aspirantes a príncipes luchan primordialmente por el Poder. Si alguno se demuestra indolente, ignorante o benévolos en la cerrada competencia, tarde o temprano será eliminado por algún adversario más activo y despiadado que le arrebatará el Poder. La lucha entonces se traduce en guerra por la supervivencia que genera una selección de los más áptos. ¿Un Charles Darwin de la política?

En este sentido, y sólo en este sentido, Maquiavelo puede ser considerado como el gran teórico de la política del poder. Cuanto más poder tenga un príncipe más probabilidades tendrá de sobrevivir, naturalmente siempre que utilice su poder para obtener más poder: hay que estar siempre al acecho, nunca quedarse atrás de los competidores. Esta visión bélica de la política se aplica a todas las clases de política: al interior de los Estados como a la rivalidad entre los Estados.

¿Y los destinatarios del poder? La gran mayoría no son los gobernantes, sino el pueblo, es el "vulgo". Y el "vulgo" es cobarde, veleido so y siempre dispuesto a que se le engañe. Por eso los príncipes pueden gobernarlo con facilidad mediante la fuerza y el fraude. Pero, atención, el príncipe debe respetar las dos cosas que le interesan en serio al vulgo: su propiedad y sus mujeres. Mientras sus impuestos sean moderados y su propiedad y su familia estén seguras, el "vulgo" obedecerá al príncipe y le importará muy poco todo lo demás que haga. Si el vulgo está contento, la conspiración contra el gobernante no significará un peligro: no faltarán la traición y la delación de uno de los conjurados. Maquiavelo ¡primer gran teórico de la conspiración política!

Hay en Maquiavelo una ética del poder. El príncipe sólo tenía una "virtud": debía estar dispuesto a hacer cualquier cosa para obtener el Poder y para conservarlo y aumentarlo. Pero para que esa virtud fuese efectiva necesitaba tener prudencia, habilidad; recursos como la honestidad, la generosidad, el valor y la piedad deben estar subordinadas a la búsqueda del poder. El tenerlas es conveniente, pero no imprescindible. Si se tienen magnífico! si no, hay que aparentar tenerlas.

Si no quiere rezar en la iglesia tiene que dejarse ver en la iglesia. Las recompensas debe otorgarlas personalmente, dosificándolas paulatinamente y con la mayor publicidad posible. Por el contrario, los castigos deben ser aplicados en forma callada, rápida y a través de su

bordinados. Procediendo así el príncipe aparecerá mejor y más amable y magnánimo de lo que es en realidad. ¡Señores, no olviden que la política es imagen!

Para Maquiavelo, si hay dos clases de personas, hay también dos clases de moral. Al vulgo debe enseñársele a seguir la moral tradicional: la honestidad, la sinceridad, la lealtad hacia los amigos aliados, el comportamiento pacífico y altruista y la obediencia a los superiores. Pero esta moral no es obligatoria para los príncipes ni para el gobierno. Los Estados y sus gobernantes pueden robar y matar, mentir y engañar siempre que así lo aconsejen las "razones de estado" esto es, las perspectivas de incrementar su poder. En el firmamento ideológico de Maquiavelo hay un solo deber: la auto-conservación; una regla de conducta: el egoísmo; y un objetivo fundamental: incrementación del poder. Es este sin duda un doble patrón de moralidad.

La honestidad de los súbditos y la doblez de los gobernantes deben servir al mismo propósito: el mantenimiento del poder del Estado. Pero, ¿qué es el poder para Maquiavelo? Es la capacidad del empleo de la fuerza. El poder se creó por medios militares, con financieros y diplomáticos apoyándose en el control de territorios y poblaciones. El príncipe debe formar su propio ejército, cuyos integrantes deben ser reclutados en los territorios del príncipe para que al defenderlo sientan que están defendiendo su propio país.

Los medios directos de la fuerza tienen una importancia vital. Los hombres y los hierros son más eficaces incluso que el oro y el pan. Con los hombres y los hierros se pueden controlar el oro y el pan. Pero con el oro y el pan es más improbable controlar los hombres y los hierros.

Los príncipes deben utilizar su riqueza para ampliar su poderío militar y deben dedicar su tiempo a incrementar su capacidad militar. Por eso su pasatiempo más importante debe ser la caza, que los mantiene en forma y los prepara para las campañas militares. Debe ser avaro y mesurado en las recompensas financieras para no disminuir sus recursos.

El príncipe debe reinar por el temor antes que por el amor. Los sentimientos de amor de sus súbditos no los puede controlar, pero sí puede hacerlo con el temor. ¡Pero, cuidado! no debe hacerse odiar. Debe aprender a embelesar a las multitudes con hazañas notables y espectáculos brillantes. Maquiavelo lítérico de la simulación y de la propaganda?

¿Y en las relaciones con otros Estados? La diplomacia puede aumentar el poder de un príncipe proporcionándole aliados y aislando a su enemigo del momento. Hay que saber cuándo romper una alianza y hacer otra, incluso con el enemigo de ayer, si es necesario. Como cada príncipe es el enemigo potencial de los demás, que son también igualmente competitivos y agresivos, la diferencia entre ellos reside en su fuerza relativa. La amenaza más grande para cada uno proviene de su competidor. Por lo tanto, un príncipe nunca debe permanecer neutral en una guerra en

tre sus vecinos. Si vencen, los Estados más fuertes, constituirán una amenaza peligrosa para el que haya permanecido neutral.

Intervenir en una guerra al lado de un luchador débil puede ser rentable. Si gana, puede obtener una parte del botín y sólo tendría que pre-
ocuparse de luchar luego con el más fuerte de sus propios aliados. Si pierde la guerra, al menos tiene un compañero de infiernos. De todas maneras, los aliados de hoy pueden ser los enemigos de mañana y los adversarios de hoy pueden ser los aliados de mañana. Para el Maquiavelo florentino, el arte de la política consiste, en parte, en saber exactamente a cuál de los aliados debe traicionarse, en qué momento y bajo cuáles condiciones.

De este principio Maquiavelo derivó una especie de cálculo de doble entrada. A medida que un aliado se vuelve más fuerte se torna en mayor medida en una amenaza potencial; tan pronto como esta amenaza potencial haya superado su utilidad como aliado, éste debe ser traicionado; deberá propiciar una alianza en su contra y tal vez un ataque armado.

Este razonamiento se ha llegado a conocer como "equilibrio del poder" y todavía hoy, no obstante las múltiples críticas que despierta, conserva una influencia considerable.

Este modelo descrito por Maquiavelo podría tener dos tipos de resultados. El primero: si muchos príncipes tuviesen la misma habilidad y los mismos recursos y la competencia fuese intensa, ninguno de ellos sería más fuerte que los demás. El equilibrio del poder funcionaría entonces preservando una pluralidad de contendientes por tiempo indefinido.

El otro resultado posible: si uno de los contendientes tiene más habilidad y más recursos, podría terminar ganando la partida hasta unificar bajo su mando a todos los demás o a gran parte de los demás príncipes. Maquiavelo deseaba este último resultado para Italia y el primero para Europa. Deseaba una Italia unida y potente capaz de expulsar de la península a las potencias extranjeras que se inmiscuían en sus asuntos. Por otra parte, deseaba una competencia continuada e inconclusa entre las potencias europeas para que no pudieran invadir a Italia. Era este el deseo de Maquiavelo. ¿Se cumplió? La unificación italiana se verificaría varios siglos después.

Aquí ya conviene detenerse. Con lo dicho, pensamos, hemos cumplido con una parte de lo prometido. Este, el que hemos ofrecido, es un bosquejo selectivo y muy a brocha gorda de una faceta muy importante del pensar del insigne florentino. De inmediato aclaramos y avisamos: no constituye interés rastrear las huellas de este pensamiento a través de los siglos, cómo sus escritos fueron leídos, cómo sus ideas fueron tenidas en cuenta. Sí, porque leer es una cosa, y meditar, reflexionar y actuar son otras. Este ejercicio es, sin duda, rentable intelectualmente. Pero pude no serlo en esta sede y en este turno específico, pero también conclusivo de tres jornadas de pensar en voz alta en torno a Maquiavelo. La tarea, entonces, la dejamos para un mañana. Hoy ya nos están haciendo señas algunas ideas que desean ser puestas en circulación. Y no debemos hacerlas esperar.

Puede ser que algunos de los aquí presentes hayan sentido repulsión por este "inmoralismo", de acuerdo a patrones morales convencionales. Pero, señores, el "maquiavelismo" es anterior a Maquiavelo. El "maquiavelismo" ha sido siempre. Y no lo decimos nosotros. Este es un juicio que Maurice Joly pone en boca de un Maquiavelo en diálogo con un Montesquieu idealista. ¿Dónde? En el infierno. Y a él nos trasladaremos más adelante sin que nos ruboricemos ni nos asustemos por lo que allí se dijo.

Sacudiendo el colador para quedarnos con las piedras grandes y dejar las innumerables pequeñas de múltiples facetas definitorias y teóricas acerca de lo que es la política, difícilmente pueda negarse la visión belicosa que de ella nos ofrece Maquiavelo. Simple, muy simple es sin duda. Pero la política es conflicto. Cuáles los contendientes, cuál su naturaleza, cuál su fin y muchos cuáles más deberíamos hoy tener en cuenta para considerar el conflicto. Pero lo cierto es que la política es conflicto y no armonía.

La política, entonces teniendo en cuenta estas advertencias, es lucha por el poder. Sin ser "cratólogo", especialista del "kratos", del poder, éste puede ser concebido de dos maneras: como una red para pescar o como un pez. El poder puede ser fin en sí mismo. ¿Pero, de cuál poder estamos hablando? El poder está por doquier. En la familia, en cualquier asociación privada, en cualquier organización empresarial, en el Estado. El poder es un fenómeno difuso si lo concebimos como la capacidad para hacer que suceden cosas que de otro modo no sucederían.

El grado de importancia del poder varía según el ámbito en que se ejerza. Se impone, por lo tanto, una gradación de los ámbitos. Macropolítica y Micropolítica. Allí donde hay hombres, hay organización y poder, hay lucha. Pero hay una lucha que nos envuelve a todos sin distinción; es una lucha por el Poder, el Poder con mayúscula. Un Poder del que es titular una asociación mayúscula: el Estado. Las decisiones tomadas por quienes ejercen el Poder del Estado nos afectan a todos. Por ello tiene una trascendencia y la lucha es más significativa. Este es el reino de la macropolítica. Y en ella actúan de forma predominante colectividades y grupos. Y sólo dentro de estos están los individuos; los individuos forman el reino de la micropolítica: luchas que enfrentan individuos contra individuos.

Las ideas de Maquiavelo se refieren a la macropolítica, pero pueden también ser aplicadas en la micropolítica.

Ahora bien, concebir la política como lucha por el Poder es, sí, acertado, pero parcial. La política es poliédrica, tiene varias caras. Para observarlas y caracterizarlas debemos colocarnos en ángulos visuales distintos. Procediendo así, descubriremos varios puntos de vista: uno descriptivo y analítico, otro prescriptivo o normativo y otro instrumental. La política es realidad, es ideal y es acción. Para actuar, un actor político debe hacerlo en base a una realidad determinada que debe percibir como tal, fríamente, objetivamente. El actor po-

lítico quiere modificar esa realidad de acuerdo a un modelo de lo que considera debe ser esa realidad. Pero para cambiarla debe actuar. Es esta la acción política, acción guiada por objetivos a corto, mediano y largo plazo.

Maquiavelo no define la política en plural, es decir, como totalidad, como conjunto de actividades sociales tendentes al control de los repartos de valores investidos de autoridad. Maquiavelo, aun si posee un ideal, no dedica sus esfuerzos predominantemente a exponerlo. Maquiavelo se ocupa del político, del actor político que puede ser un individuo o una agrupación de individuos considerada singularmente. Y trata de describir cómo éstos actúan para lograr el objetivo, o sea el Poder.

Es aquí cuando podemos hablar de la política como arte o del "arte político", si se prefiere. La palabra "arte" sugiere la idea de singularidad, individualidad, unicidad. El producto del artista es su obra y su obra es única. Para hacer esa obra única el artista debe poseer creatividad, creatividad para expresarse. Ahora bien, en su esfuerzo creativo utiliza técnicas, es decir, cómo trabajar los colores, cómo mezclarlos, cómo aplicarlos, si es pintor. Y es esta técnica la que puede ser enseñada y aprendida en las escuelas, no la creatividad ni el genio.

"El Príncipe" está repleto, rebosa de técnica política. Un cómo hacer para llegar y mantenerse. Para ello estudia los que llegaron y se mantuvieron, para arribar a conclusiones del por qué llegaron y por qué se mantuvieron. Y así, ocupándose del político, va mostrando cómo los jugadores juegan la partida. Un juego político éste que ha sido siempre el mismo. Aquí encontramos el realismo que no es más que una orientación para la acción, un instrumento que puede servir y que sirve a cualquier ideal. Maquiavelo es realista porque se preocupa por lo que es la realidad y no le importa cómo valoramos moralmente esa realidad.

Lo que se esté o no dispuesto a hacer, es un problema de moralidad que debe ser resuelto antes. El robar o matar para llegar o mantenerse son medios cuya utilización dependerá de la moral del actor político. Si está o no dispuesto a hacerlo en aras de su objetivo. La actividad política es amoral pero quien tiene una moralidad personal es quien actúa. Y cada uno de nosotros, que tiene su moral, está en el pleno derecho de juzgar a un actor inescrupuloso, a seguirlo o rechazarlo. Pero esto no significa que en la lucha se utilicen estos recursos.

Realismo y técnica política. Ahora hay que buscar una lupa para ver con mayor detalle. ¿Por qué el actuar político exige grandes dosis de arte? La política es una actividad que desarrollan los hombres que viven en sociedad. Una acción política es una acción orientada a un objetivo máximo que es el control del Poder en mayúscula. Si hay hombres, acción y objetivos tiene que haber "manipulación humana". Manipulación en sentido de engaño. Para actuar políticamente hay que

convencer hombres, hay que organizar hombres, hay que guiar hombres y hay que saber cómo y cuándo actuar, en otras palabras, qué hacer y como hacerlo. Por ello, la política es arte. Naturalmente en cada "hay" encontramos mucho de técnica, pero no únicamente técnica.

Se ha dicho reiteradas veces que la acción política debe estar guiada por consideraciones de posibilidad, que la política es el "arte de lo posible". Pero esta especie de máxima puede ser descompuesta en dos aspectos: la política como arte de lo probable, y la política como arte de lo improbable. Lo probable y lo improbable caen dentro de la posibilidad. Pero la posibilidad puede ser muy posible o muy poco posible. Quien juega con éxito a la política de lo improbable gana más pero arriesga más, se esfuerza más y evidencia más "arte". Por el contrario, la acción cuyos resultados son más posibles y probables es menos rentable, y como requiere menos esfuerzo, evidencia menos habilidad. Sí, hay una política de "ligas mayores" y otra de "ligas menores", con la diferencia de que un jugador puede también batear en una y pitchejar en la otra. Otros prefieren jugar, y son los más, por una serie de razones, sólo en ligas menores. Y aun así es difícil.

En consecuencia, el actor político debe saber apreciar *lo que es*, debe luchar por *un deber ser*, pero también debe estar muy consciente de *lo que puede ser*. Y éste es otro elemento del realismo político.

Maquiavelo encomia mucho la habilidad y otras condiciones personales. Aquí se requiere, para una correcta interpretación desde nuestro punto de vista, un adecuado encuadramiento. Para tener éxito político no basta sólo tener habilidad, astucia. Este es un elemento importante, pero no único.

La política como arte, esto es, la carrera política de un actor puede concebirse en etapas. No basta luchar por el Poder. Para ejercer el Poder hay que llegar al Poder. Y llegado al Poder debe mantenerlo. Hay quien sugiere que la política tiene otra etapa que es la del retiro. Pero confesamos con franqueza, mirando nuestro presente, que a los dominicanos no parece interesarnos mucho destacarnos en este aspecto del "arte político".

Entonces, arte de llegar, arte de prevalecer y arte de retirarse. Y en cada una de estas etapas se requieren condiciones y cualidades. Dado el poco interés que despierta la tercera es conveniente destacar las requeridas en las dos primeras. Para llegar se necesita, ante todo y sobre todo, vocación, luego habilidad, ambición y una voluntad férrea de llegar que se imponga a los fracasos que pueden suceder. Pero también: formación intelectual, equilibrio, mensura y conocimiento del terreno, esto es, capacidad de valorar los factores que inciden en el proceso político.

De todos estos requisitos nos interesa resaltar uno sólo, que es la vocación. Vocación es llamado, es sentirse inclinado a... Tener vocación política se traduce, sin precisar mucho la expresión, en un "vivir para la política". Ser político las 24 horas del día. Ser político ante todo. No ambicionar más que ser político. Y agregamos esta

consideración personal: servir a una causa, a un ideal. No importa el que sea, pero que se tenga. Así como el escritor sin vocación es, en el mejor de los casos, un escritor mediocre, así el político sin vocación es un político mediocre. Para el político de vocación el Poder es red para pescar, es medio, no fin. Y éste es un ingrediente que cada vez encontramos menos.

Preparado ya para llegar hay que saltar y aquí las condiciones personales no cuentan. Aquí lo que cuentan son las circunstancias. Naturalmente a las circunstancias hay que saber olfatearlas. Y si se saltó y se llegó ahora hay que estar dispuesto, siempre en cualquier momento, a mantener y a prevalecer. Contarán entonces la experiencia, la reserva, el equilibrio y el sentido. La meta será ésta: hacer coincidir su interés por su supervivencia con el interés supremo de todos.

Es importante hablar de estas cualidades, pero se debe tener cuidado: identificarlas, estudiarlas, analizarlas y hablar de ellas no basta. Lo que sí basta es tenerlas y actuar con ellas. Lo decimos porque la gente tiene la costumbre de hablar una cosa y actuar en forma muy diferente.

¿Se nos quedó atrás una idea? Sí, aquella del encuadramiento de la habilidad que encomia Maquiavelo. No se nos quedó, fue que la dejamos a propósito para traerla ahora. Decíamos y decimos: para el éxito político no basta esta habilidad. Si así lo postuláramos estaríamos cometiendo una extraordinaria simplificación. ¿Que todos tenemos posibilidades de llegar por el sólo hecho de tener "condiciones"? ¿Y en la sociedad somos todos iguales? ¿Disponemos de los mismos recursos? ¿Y dónde está ese paraíso?

En todas las sociedades de individuos y de Estados los recursos políticos están distribuidos desigualmente. Precisamente ahí es que está el problema. Hay quien tiene más capital acumulado. Pero atención: estamos hablando de recursos políticos. Cualquier medio en virtud del cual un individuo puede influir en el comportamiento de otros individuos, esto es lo que entendemos por recurso político. La riqueza es uno de los recursos más importantes, la posición social es otro. El saber intelectual, la popularidad, el acceso a la información, el disponer de medios de comunicación, el ocupar una posición de mando en una estructura militar o burocrática, son recursos políticos. Como hay desigualdad hay quienes tienen unos recursos que facilitan la obtención de los demás.

Y aquí cuadramos: la habilidad es tan necesaria como la posesión de los recursos. Disponer de recursos sin habilidad puede llevar al fracaso: alguien con menos recursos puede lograr una mayor "productividad", puede hacer de ellos un uso racional y eficaz. Es que puede haber saturación de recursos. ¿Acaso no recordamos campañas recientes de "publicidad política" que por la cantidad de recursos mal utilizados saturaron, no logrando persuadir?

Habilidad, recursos, sí son cartas de triunfo. Pero además aquí

nos encontramos con un factor no domeñable: la suerte, el azar, la fortuna. Difícil es su análisis, pero muy importante es tenerla en cuenta. Naturalmente sin exagerarla con eso de que "no se preocupen porque yo soy un hombre de suerte". La suerte, sí que es importante. ¡caídas de helicópteros en campañas electorales?

Todo lo dicho vale también en las relaciones con los vecinos del mundo; vecinos todos iguales en apariencia y en forma. Algunos más iguales que otros, en realidad. Más iguales y muy voraces de los menos iguales y muy apetitosos. El equilibrio del poder de Maquiavelo es una cruda realidad. ¿Y el Consejo de Seguridad y el voto de los "grandotes" en organizaciones con vocación universal?

Y bien, hasta ahora hemos hablado de Poder, de lucha, de éxito, de condiciones para el éxito. ¿Cuáles son las motivaciones que inducen a los hombres a buscar poder? En política nos encontramos con los desinteresados y los interesados. Los que están interesados pueden clasificarse en interesados simplemente, en buscadores de poder y en los poderosos. Los que hoy son poderosos ayer fueron buscadores. ¿Y por qué se busca poder?

No se preoculen ni se asusten: no vamos a esta altura a someter a un ortodoxo y freudiano psicoanálisis al principio Maquiavélico. Eso sería abuso de nuestra parte. Tan sólo, quizás alimentados por un perfeccionismo, deseamos dejar planteada la inquietud. Este es un aspecto que Maquiavelo no explora porque él no es un teórico de la psicología política. El poder es un morbo que enloquece a los hombres, a quienes lo buscan y a quienes lo tienen.

Ofreceremos tres breves respuestas sin ninguna elaboración. Dos extraídos de los diálogos platónicos y otra bastante reciente. El diálogo lo encontramos en "La República" y lo sostienen Sócrates y Trasimaco. El primero plantea que el hombre aspira al Poder para conseguir el bien colectivo. Trasimaco riposta: los hombres buscan el Poder en la consciente persecución de sus propios intereses; lo "justo y recto" establecido en las leyes no es más que aquello que favorece los intereses del partido en el poder, en otras palabras, del más fuerte. Otra respuesta más elaborada: los hombres buscan poder por motivos inconscientes. El que busca poder lo persigue como un medio de compensar privaciones psicológicas sufridas durante la niñez. Y esas privaciones serían la falta de respeto y de afecto. Son, entonces, motivaciones afectivas las que motorizan y despiertan el deseo de poder como una especie de compensación. Y no decimos más.

Realismo político, lucha despiadada por el Poder, habilidad. Creemos haber pasado revista a los que modestamente hemos considerado algunos de los aspectos más sobresalientes del pensamiento, diríamos, técnico-político del secretario florentino. Como el "maquiavelismo" ha sido, el "maquiavelismo" es. Tiene y tendrá permanencia como la tiene la política a la que pretende retratar. El haber develado la acción política, la política al singular, haciéndonos ver cómo es, es una invitación no a matar ni a robar ni a engañar: es una invitación al realismo político, y ahora agregamos, a la responsabilidad política.

Maquiavelo con su genio y agudeza nos ha invitado a ver la realidad, a actuar en la realidad para cambiar la realidad. Nos invita también a la responsabilidad, a tener en cuenta las consecuencias de nuestras acciones, una condición ésta que sumada a la primera y agregándole vocación puede delinejar políticos y organizaciones que contribuyan, guiando pueblos, a un mañana más promisor.

Pero el trabajo de Maquiavelo, su aporte, continuará siendo mistificado. Mistificado por ignorancia y mystificado por los déspotas. Y no sólo por los déspotas armados y sanguinarios, hambrientos únicamente de poder personal, y los déspotas colectivos armados de fusiles y de ideología. Hay otro despotismo más brumoso, más peligroso y más eficaz. Es el despotismo moderno. El despotismo que, en el infierno, el Maquiavelo de Joly describe ante un Montesquieu horrorizado.

Un despotismo emergido con ropaje de democracia liberal que vacía e inmoviliza sus instituciones, que conservando un aparente clima de libertad, subyuga y pervierte. Un tipo de régimen que muy bien puede catalogarse de "democracia desvirtuada" o de "democradura", un nuevo término acuñado a propósito de un sistema político dictatorial con apariencia democrática y apoyo popular en el que la fuerza se afirma a través del rodeo de las relaciones públicas o como muy bien dice Jean-Francois Revel, parafraseando una expresión de Clausewitz: "el mantenimiento del orden no es otra cosa que las relaciones públicas conducidas por otros medios".

Si los organizadores de este seminario hubieran sido más indulgentes con este pobre mortal no cargándole con la pesada y embarazosa encienda de concluir también el trabajo de todos los distinguidos panelistas que en él han participado, muy probablemente estas hubiesen sido nuestras conclusiones y reflexiones finales. Así no fue. Y henos aquí inducidos a realizar un último esfuerzo.

¿Por qué celebrar un seminario en torno a la figura y al pensamiento de Niccoló Machiavelli en un país como el nuestro y en los años del Señor que corren? El Instituto Cultural Domínico-Italiano interesado como está en propiciar intercambios estimulantes entre las culturas de dos países, de los cuales uno de ellos exhibe una gigante personalidad intelectual, consideró con suficiente "sex appeal" al Maquiavelo florentino para lograr este objetivo que define su razón misma de existir.

Pero difundir un pensamiento y una obra, más aún, un pensamiento y una obra política, teórico-política, muchas veces denostada e incomprendida conlleva la responsabilidad y la franqueza de exponer lo que con ello se desea o se ha deseado, en vista de una contingencia y de un debate político muy concretos y muy presentes.

Sinceramente pensamos que un seminario sobre Maquiavelo en un aquí y en un ahora puede ser y debe ser estimulante, sugerente y contribuyente para que nosotros, los dominicanos, reflexionemos, aunque tan sólo seamos un puñado, acerca del cómo resolver políticamente parte de nuestros problemas.

Con cambio de gobierno o sin cambio de gobierno se hubiera evidenciado, como se ha evidenciado, nuestra gran carencia nacional. Una carencia que no es sólo económica o de otro tipo de recursos. Es una carencia política, una carencia de políticos. De políticos verdaderos, de políticos de vocación. Líderes y organizaciones no jugadoras a las coyunturas sino a la política como proceso.

La ineficiencia de acciones gubernamentales, las incoherencias en los programas de acción, la rebatiña y el guerrillerismo intrapartidarios que arropa a los hasta ahora colosos políticos, la acritud y la irresponsabilidad de muchas de las críticas provenientes de parcelas de la oposición, la insinceridad y los escondrijos en que se quiere colocar la verdad para no comunicársela al Pueblo, para seguir utilizando las ilusiones de ese Pueblo, contribuyen al general descreimiento de nuestros políticos.

Políticos y agrupaciones que sólo se representan a sí mismas, que no funcionan como correa de transmisión de demandas y necesidades, que están atrapadas en meras promesas y en programas políticos irrealizables porque no tuvieron la más mínima preocupación por los medios y recursos disponibles para materializarlos. Liderazgos en franco proceso de desgaste cuya desaparición provocará muy probablemente crisis políticas.

Contemplamos nuestro ambiente político para vislumbrar perspectivas. Incertidumbre política, esto es lo que se percibe y se respira. Compleja es la situación y múltiples las causas que pueden explicarla. No constituye éste, ahora, nuestro interés.

Sí lo es invitarles a reflexionar. De estas tres noches ha salido un mensaje: realismo político, responsabilidad y vocación. Este es nuestro Maquiavelo. El Maquiavelo que hemos querido ofrecerles. Para que sus ideas, bien entendidas y encuadradas, nos ayuden a hacer cosas. A prever acciones de nostálgicos del pasado o de partidarios del nunca, que bebiendo en la fuente del Maquiavelo, quieran oprimirnos y pisotearnos. Y como es una cruda lucha, despiadada e inmisericorde si sabemos cómo podrán actuar, también nosotros estaremos preparados para enfrentarlos.

Es este el sentido y el significado de un seminario. Así lo hemos interpretado.